

## Algún día nos encontraremos

Raquel Rocha Castro

Mi abuelo paterno, José Guadalupe Rocha Araiza, era un hombre moreno, de pelo entrecano y ojos oscuros de mirada melancólica. Se encontraba atado a una silla de ruedas, debido a su precaria salud, pues padecía de una fuerte artritis. Pocas veces se ponía de pie, apoyándose en su bastón; casi nunca lo vi sonreír, la expresión de su cara era de tristeza y reflejaba un dolor tan profundo que más bien parecía un alma en pena.

Él había mandado construir la casa donde vivíamos, de dos plantas. La planta baja la habitábamos nosotros; había un portón para entrar a la planta alta, donde él vivía, así que prácticamente vivíamos juntos.

Cuando yo nací, ya había muerto mi abuela, por lo cual él tenía una enfermera que lo cuidaba y que era también como su ama de llaves; en ocasiones ella no me dejaba verlo, pero yo me las ingeniaba ya que la casa, además de la puerta principal, tenía otra entrada que daba a la cocina, así que cuando no me dejaba entrar por un lado corría por el otro y cuando ella se descuidaba, ya estaba yo con él, le decía: "Abuelito dame mi domingo" y me daba una peseta, yo me sentía feliz, además me gustaba ir a tocar el piano y a tomar agua fresca de su destiladera, que se encontraba en la cocina.

En una ocasión le pedí me diera dinero, me contestó: ¡No tengo! Le dije que sí tenía en la caja fuerte: ¡Pero no se puede abrir! me respondió. Yo la puedo abrir, le dije ¡Si puedes, el dinero es tuyo! Me pasé mucho tiempo dándole vueltas como yo veía que lo hacía él y de pronto "pum", que la abro. Su azoro fue mayúsculo, pero no me dio ni un cinco.



Fue él quien me enseñó los juegos de: “los trastes quebrados”, “este dedito se comió un huevito” y algunas cosas más. Me puso por sobrenombre “La Pinacata”, no sé por qué razón, tal vez por mi color de piel.

Durante mucho tiempo, en el closet de la recámara de mis padres estuvo una tarjeta con motivo de mi bautizo, en ella aparecía mi fotografía, así como los datos sobre el lugar donde había sido bautizada y los nombres de mis padrinos; pero lo más importante es que al reverso de esta tarjeta había un poema que mi abuelo había escrito para mí. Yo, que entonces todavía no sabía leer, la tomaba para verla y mi madre me la quitaba; esto ocurrió algunas veces, hasta que un día ya no la volví a ver, no sé adónde fue a parar. Entonces yo no podía darle a esa tarjeta el valor sentimental que tenía. Hoy me gustaría tenerla conmigo.

Mi abuelo fue una persona muy culta, un gran periodista (fundador del periódico “El Correo de Parral”), un gran historiador y un poeta con mucha inspiración.

Murió el 21 de diciembre de 1956 en la ciudad de Hidalgo del Parral, Chihuahua. Recuerdo que el viento soplaba tan fuerte, como si lanzara un doloroso quejido. El féretro que contenía su cuerpo salió de mi casa y fue llevado en hombros, mientras la Banda Municipal tocaba la marcha fúnebre; los voceadores, con el periódico bajo el brazo lo escoltaban; mi padre y mis tíos, cabizbajos, caminaban junto al cortejo. Mis hermanos más chicos y yo, observábamos desde la ventana que daba a la calle.

Además de mi amor filial, existe una gran admiración por él y puedo jurar que en el más allá vamos a volver a ver a las personas más queridas y una de las primeras que buscaré será mi abuelo.